

Al amigo Manuel Esparrells

Evocando recuerdos

A manera que uno avanza por la vida se hace mucho más sensible a las nostalgias y le vienen a la memoria recuerdos del pasado, que le hacen vivir con toda intensidad los momentos que ya parecían olvidados.

El tiempo no pasa en balde y cuando menos piensas, alguien se encarga de sacar lustre a grandes o pequeñas cosas que pasaron, legado que el hombre deja y gracias al cual, con tanta frecuencia, las adversidades que se vivieron parecen ahora menores.

En aquellos años tan recordados de la postguerra que nos tocó vivir, duros y llenos de miseria, rencores, suciedades y sufrimientos, que casi lo llenaban todo, aún quedaban ratos para dar suelta a las ansias de vivir y cada cual lo manifestaba como podía; pero como denominador común, puede afirmarse que las fiestas y sus bailes, aquellos enormes y larguísimos bailes, constituían sin lugar a dudas, la expresión vivificante por excelencia, de una juventud que empezaba a descubrir la esperanza, que necesitaba aquello para poder seguir adelante.

Este año volverá a tocar en las fiestas la orquesta de Esparrells y sus Muchachos, nos decíamos los jóvenes de Bezas. Ahí es nada, otro año Esparrells y sus Muchachos para las fiestas de septiembre.

Al amigo Esparrells:

No sé si te acordarás, querido Esparrells; pero tu orquesta tocó más de un año en Bezas, para alegría de toda aquella juventud de pueblo atormentado, que solo disfrutábamos de esos días de fiestas mayores, paseándonos el resto del año haciendo baile con una mala guitarra y un laúd, a las que teníamos que poner con mucha frecuencia en vez de cuerdas verdaderas, hilos de acero, restos de cables de la guerra, porque no teníamos dinero para comprar mejores materiales. Y muchísimo más que te diría. Yo era entonces muy joven, tenía los años justos en los que el bailar era un alimento necesario para el espíritu juvenil; no había otra cosa y el agarrarse a una chica, juntarse con ella era para volverse loco de alegría. Qué le vamos a hacer, eran otros tiempos.

Luego te fuimos conociendo por tu faceta comercial. Tenías tu pequeño y cálido taller de bicicletas en la calle Amantes, que era como una posada para nosotros, porque siempre teníamos un radio roto, necesitábamos inflar las ruedas, reparar un pinchazo, en nuestra

bicicleta. Ya sabes cómo éramos entonces los de pueblo, te dejábamos la bicicleta, nos marchábamos de recados y a las ferias por la Ronda, volvíamos, recogíamos la bicicleta y para el pueblo.

Tú jamás nos cobrarse posada y poco por tus servicios. Pero claro, esto era una especie de servidumbre que te cayó encima cuando nos vendiste la bicicleta, ese vehículo soñado en los pueblos sobre todo, porque con él podíamos hacer muchas cosas y sobre todo desplazarnos a Teruel. Porque la bicicleta marcaba diferencias.

En mi casa de Bezas tenemos colgada en la cambra y ya sin funcionar, aquella estupenda y fuerte bicicleta Ráfaga que te compró mi padre para nosotros y cada vez que la miramos no podemos por menos que recordarte.

Seguro, querido Esparrells, que si me haces una visita en un verano de los que paso por allí, hasta, la hoy ya vieja bicicleta Ráfaga que te compramos, te recuerda también, se pone otra vez a correr y bailar de alegría.

¿Te das cuenta querido Esparrells...?